

# Generaciones y mentalidades

**María Isabel Domínguez**

*Investigadora. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.*

A pesar de ser tan antiguo como la humanidad misma, el tema de las generaciones ha sido siempre muy controvertido. En el centro de las contradicciones se sitúan dos problemas: a) ¿son las generaciones grupos conformados objetivamente o necesitan para serlo tener conciencia como tales?; b) ¿son sus interrelaciones esencialmente conflictuales, por lo que el signo distintivo de la sucesión generacional es la ruptura casi permanente; o por el contrario, a pesar de aparentes desacuerdos, predomina el consenso y la imitación, que da lugar a la continuidad en la sucesión, con cambios evolutivos solo a largo plazo?

Desde que el tema comenzó a ser objeto de estudio sistemático por parte de las ciencias sociales,<sup>1</sup> las respuestas a estas interrogantes han variado en las distintas escuelas de pensamiento. Más allá de precisiones y matices, pueden distinguirse tres direcciones básicas:

1. La visión que puso el énfasis en la comunidad de edades del grupo *per se*, que considera a las generaciones como grupos objetivos cuya similitud está dada por atravesar de forma común una etapa de la vida. Bajo ese presupuesto se absolutiza la

continuidad en la sucesión y se niega la ruptura, pues a pesar de aparentes diferencias entre jóvenes y adultos, cuando los primeros se convierten en los segundos, asumen los rasgos de estos.<sup>2</sup>

2. La visión que basó la existencia de las generaciones en la comunidad de elementos espirituales. Esta considera que la generación solo se conforma subjetivamente cuando adquiere el «espíritu de la época»; de ahí que no toda la cohorte demográfica pertenece a la generación. Si lo que conforma la generación es la fisonomía espiritual que integra cada época, esta visión fundamenta el predominio de la ruptura en la sucesión y da muy poco espacio para la continuidad.<sup>3</sup>

3. La visión que concibió las generaciones como el resultado de la actividad práctica común de un grupo de edades próximas, de la cual se deriva la comunidad espiritual que da lugar a la conformación de una fisonomía generacional propia. Si el tipo de actividad vital en un contexto histórico concreto es lo determinante, quiere decir que la sucesión se produce a través de continuidades y rupturas

simultáneas, aun cuando en cada momento pueden predominar unas sobre otras. El grupo, por tanto, tiene existencia objetiva aunque no haya adquirido conciencia como tal; pero en la medida en que los procesos de rupturas sean más intensos —y por ello la diferenciación con otras generaciones, mayor—, es muy probable la aparición de una conciencia generacional que complete las distintas aristas de su existencia.<sup>4</sup>

Estas visiones han marcado las interpretaciones de los procesos generacionales a nivel internacional durante todo el siglo, a pesar de que ha habido altas y bajas en su tratamiento.<sup>5</sup>

Aunque generalmente se habla del proceso de sucesión generacional, en realidad esta se produce a partir de un período de coexistencia, durante el cual distintas generaciones se superponen en la vida social activa. En la medida en que la esperanza de vida de la población se ha ido elevando, es más amplio el número de generaciones que conviven simultáneamente (contemporáneos), lo que implica una interacción directa que favorece la continuidad. Pero en la medida en que el mundo se transforma más aceleradamente, como resultado del progreso científico-técnico y de nuevas dinámicas económicas, sociales, políticas y ecológicas, es más diversa la fisonomía generacional de esos contemporáneos y con más rapidez se hace obsoleto el equipo de conocimientos, habilidades, conductas y hasta valores de las generaciones anteriores, lo que favorece las rupturas. Esto hace más compleja la dinámica generacional en estos tiempos.

En Cuba, el tema generacional ha sido poco abordado como objeto de estudio en sí mismo, aun cuando ha estado siempre presente en el discurso político desde José Martí hasta la actualidad, así como en el trasfondo de análisis históricos, culturales, sociológicos y pedagógicos, desde Félix Varela y José Antonio Saco, pasando por Enrique José Varona, Fernando Ortiz o Ramiro Guerra, y muy especialmente en la obra política y literaria de la Generación del 30: Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa, Jorge Mañach, entre otros.

Sin embargo, en la etapa prerrevolucionaria, estudios específicos sobre el tema fueron muy escasos. Solo es posible encontrarlos de forma sistemática en la obra de José Antonio Portuondo, quien entre 1941 y 1950 escribió varios ensayos teóricos e históricos y usó el método generacional para realizar una periodización de la historia de la literatura cubana.<sup>6</sup> También en 1954 apareció publicado *La teoría de las generaciones y su aplicación al estudio histórico de la literatura cubana*, de Raimundo Lazo.<sup>7</sup>

En la década del 60 se retoman estos asuntos y se producen interesantes reflexiones recogidas en

publicaciones culturales como *La Gaceta de Cuba* y *El Caimán Barbudo*. En algunas de estas, el joven sociólogo Ricardo J. Machado alertaba contra el negativo efecto de hacer «generosas donaciones» de conceptos como este, por considerarlos «ciencia burguesa».<sup>8</sup> Pero, en realidad, el más prolongado silencio alrededor de las generaciones se produjo después.

No es hasta el año 1986 que se reconsidera la importancia de los estudios generacionales y se inician análisis, tanto de naturaleza teórico-conceptual como investigaciones sociológicas concretas, sobre la estructura generacional de la población cubana, sus rasgos comunes y diferencias, el clima de sus interrelaciones y los nexos entre estructura generacional y clasista.<sup>9</sup>

También para esa fecha reaparece la dimensión generacional como objeto de interés de literatos y artistas en prácticamente todas sus expresiones. Se aborda el tema en filmes, canciones, piezas teatrales y obras plásticas; se escribe sobre el tema; se utiliza como criterio de clasificación de grupos de creadores y cobra fuerza como elemento interpretativo de expresiones artísticas y hasta de conductas prácticas.<sup>10</sup>

Todos esos esfuerzos permitieron avanzar sustancialmente en el conocimiento de la problemática generacional en el país e insertarla en el contexto en que se mueve a nivel internacional. Pero todavía es insuficiente. Aún es un tema escasamente abordado por muy pocos especialistas, y en el que quedan numerosas aristas a las que ni siquiera nos hemos acercado.

## Las generaciones en Cuba en las últimas décadas

Resultaría de gran interés detenernos en una mirada retrospectiva de la historia nacional a partir del nexo entre generaciones y mentalidades, que sirviera de pauta para confirmar con más elementos de juicio en qué medida los acontecimientos relevantes de ese decursar coincidieron con la entrada a la vida social de una nueva generación que, en estrecha relación con las anteriores, a partir de una fructífera coexistencia, impulsaron nuevos modos de pensar y actuar (José Martí-Máximo Gómez; Julio Antonio Mella-Carlos Baliño; la Generación del 30, etc.). Pero nos interesa un enfoque más contemporáneo, por lo que nos remontaremos en la historia solo a la generación de los 50.<sup>11</sup>

El acontecimiento revolucionario de enero de 1959, que condujo al triunfo un movimiento popular por la independencia nacional y la justicia social, había tenido como principal protagonista a la generación joven de los años 50. Su alta proporción en las organizaciones revolucionarias y en su dirección, imprimió cambios significativos en las prácticas políticas, la convocatoria

**Los jóvenes de los años 60 conformaron entonces una generación de transición, iniciaron un rápido proceso de urbanización, de acceso masivo a la instrucción y la calificación —incluso de nivel superior—, al empleo urbano y calificado y a la participación sociopolítica.**

a la participación popular, la concepción sobre la toma del poder y la creatividad, energía y optimismo que caracterizaron la etapa.

La lucha de esos años creó condiciones favorables para la conformación de una incipiente identidad generacional, que eliminó barreras entre jóvenes del campo y la ciudad y entre representantes de distintas clases sociales, para conformar lo que se conocería como Generación del Centenario de Martí. Pero, a pesar de la magnitud de jóvenes involucrados y de la repercusión popular de sus acciones, no logró conformarse una única identidad generacional, pues la elevada estratificación clasista impuso sus límites a la formación de una conciencia colectiva.

La exitosa culminación de esos esfuerzos colocó a los jóvenes a la cabeza de las transformaciones económicas, sociales y políticas y creó un nuevo marco para el desarrollo de la generación de los 60, signado por dos procesos: elevada movilidad social de carácter ascendente y activa participación en todas las esferas de la vida social —educacional, laboral, política, de defensa del país.<sup>12</sup> Fue una etapa en la que se produjo un equilibrio entre los procesos de socialización y los de participación, en que ambos se interpenetraron y complementaron mutuamente.

Los jóvenes de los años 60 conformaron entonces una generación de transición, iniciaron un rápido proceso de urbanización, de acceso masivo a la instrucción y la calificación —incluso de nivel superior—, al empleo urbano y calificado y a la participación sociopolítica. Constituyeron también un grupo de transición en cuanto a valores y normas de conducta en esferas vinculadas a la familia, las relaciones de pareja, los roles entre los sexos, las relaciones interraciales y muchas otras áreas de la vida cotidiana, que se volvían cada vez más abiertas y participativas. Muchos de estos procesos se consolidaron con posterioridad en las generaciones siguientes, pero iniciaron las tendencias de cambio en este primer momento de rupturas generacionales en relación con sus mayores.

Por primera vez se formó una identidad juvenil ampliamente compartida, que permite hablar en términos más precisos de una generación con real participación en una actividad social común. La reducción de las diferencias sociales con la eliminación

de las bases económicas que sustentaban a las clases dominantes, e incluso el éxodo masivo de sus representantes, favorecieron las condiciones para una mayor igualdad entre los jóvenes y para la conformación de una mentalidad generacional caracterizada por una activa participación en la definición del cambio social, encaminado a la solución de los principales problemas colectivos, y una confianza ilimitada en sus propias fuerzas. Esa identidad quedaba reforzada por la constatación de significativas diferencias con generaciones precedentes.

Estos rasgos de la juventud cubana, aun cuando estaban en esencia condicionados por la transformación revolucionaria en el interior de la sociedad, acompañaban las características del contexto internacional en esa época, en la que el auge de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional, el predominio de utopías emancipatorias que lograron encarnar en prácticas políticas en diferentes lugares y, luego, la oposición a la guerra de Viet Nam, estimulaban el entusiasmo y ocupaban las energías de los jóvenes.

La generación de los 70 se socializó en un contexto con fuertes similitudes con el anterior, pero con algunas modificaciones significativas. El fracaso de la estrategia económica seguida hasta ese momento, que se expresó en la imposibilidad de alcanzar la meta de hacer una zafra de diez millones de toneladas de azúcar en 1970 y en un desequilibrio de la economía interna, condujo a un acercamiento de Cuba a la comunidad socialista europea y a su inserción como miembro del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). Esos vínculos permitieron un crecimiento de la economía y, con ello, de las condiciones de vida de la población, que favorecieron la consolidación de algunos rasgos en la generación joven de los 70: fuerte concentración urbana, altos niveles de escolaridad y calificación, movilidad social ascendente a partir de la combinación educación superior-empleo urbano calificado-mayor nivel de vida y elevadas expectativas. Para fines de la década, el promedio de escolaridad de los jóvenes se situaba por encima del noveno grado, en contraste con la escolaridad promedio, inferior a los tres grados, de los años 50.

Pero esas relaciones exteriores también provocaron efectos negativos condicionados por el excesivo

copismo, que llevó a reproducir un sistema de planificación y dirección de la economía, modelos de institucionalización del Estado y decisiones concretas en materia de funcionamiento social en áreas como la formación de profesionales poco ajustados a las circunstancias cubanas, la escala del país, su nivel de desarrollo, tradiciones culturales, etc.

Esos procesos se acompañaron con la disminución de la participación social. Pero aún se conservaron áreas de intensa actividad para los jóvenes, sobre todo en la esfera educacional, en la que dieron respuesta a la demanda de maestros y profesores para enfrentar la amplia incorporación a la educación de los nacidos durante el *boom* demográfico de inicios de los 60. En esa etapa se crearon el Destacamento Pedagógico «Manuel Ascunce Domenech», las Brigadas Pedagógicas, el Movimiento de Alumnos Ayudantes y se fortaleció el Movimiento de Monitores. Se iniciaron y sistematizaron las escuelas al campo y las escuelas en el campo, para materializar la combinación de estudio y trabajo como principio educativo. Esta fue la última generación socializada masivamente en la actividad social.

La estabilidad que iba alcanzando el funcionamiento de la sociedad condicionó el predominio de los procesos de continuidad generacional, después del anterior momento de ruptura, y diluyó un tanto la identidad de este grupo. La fortaleza de los sentimientos de igualdad social y la conciencia de que la meta era borrar diferencias y desigualdades, debe haber contribuido a que no se desarrollara una mentalidad generacional particular.

Por su parte, la socialización de la generación de los 80 tuvo sus peculiaridades. El incremento de los niveles de consumo de la población, tanto a través de los fondos sociales como en el área del consumo individual, enmascaró el estancamiento económico que se había iniciado y que evidenciaba las limitaciones del modelo de planificación y dirección de la economía adoptado. La imagen que se formó fue la del crecimiento económico a partir del crecimiento del consumo. Ello contribuyó a fomentar la elevación de las expectativas de la población —y en especial de la juventud—, reforzadas por distintas instituciones socializadoras como la familia, la escuela y los medios de difusión. Sin embargo, esa elevación de las expectativas se producía en un momento en que la estabilidad social lograda y la menor dinámica de crecimiento económico reducían el ritmo de la movilidad social ascendente para esa generación. Si bien contó con altas posibilidades para el acceso a la instrucción y la calificación, y se convirtió en el grupo generacional que alcanzó los más altos niveles, se inició una tendencia a la autorreproducción de las clases y capas sociales, que

redujo los movimientos de ascenso social en relación con las dos generaciones precedentes.

De igual forma, el modelo de institucionalización adoptado, apoyado en el excesivo empleo de la planificación centralizada, tuvo sus efectos sobre la participación, con la disminución de la cantidad y tipo de actividades, cambios en su significado social y en el rol de los individuos, lo que se expresó en cierta formalización de los espacios participativos y de las prácticas concretas. En el caso de los jóvenes, se añadió falta de concreción en las tareas, esquematismos en la movilización y reducción de su participación en las decisiones de áreas socialmente significativas para ellos. No puede obviarse que en esta década se produjo la participación en misiones internacionalistas, cuyos principales protagonistas fueron los jóvenes; aunque, a pesar de su elevada magnitud, no involucró a la generación como un todo.

Se produjo entonces un desbalance entre la socialización y la participación, con un sobredimensionamiento de la primera, lo que significó que la segunda funcionara con cierto paternalismo. A partir de ese momento se inició un relativo desfase entre las aspiraciones de los jóvenes y las posibilidades sociales de satisfacción para todos, así como entre esas aspiraciones y los esfuerzos individuales desplegados para materializarlas. Como conjunto, el grupo juvenil desarrolló poco su identidad generacional. La relativa heterogeneidad interna, que comenzó a fortalecerse a partir de los procesos de autorreproducción, y la reducción de los espacios de participación común para jóvenes procedentes de diversos grupos sociales contribuyeron a que así fuera.

No obstante, las circunstancias sociales de fines de esa década crearon condiciones favorables para la incipiente emergencia de una conciencia generacional en algunos sectores, sobre todo en la intelectualidad joven. Entre dichas condiciones es de destacar el *efecto de tapón* que comenzaron a ejercer las generaciones anteriores en el área del empleo, que produjo una débil recirculación de la fuerza de trabajo que limitó el acceso real a los puestos de trabajo según la capacidad y preparación y no según el orden de llegada;<sup>13</sup> así como el paternalismo en la socialización y el encartonamiento en la participación.

Aunque las relaciones intergeneracionales se desarrollaron en un clima de baja conflictividad, tanto en el marco de la familia como de las instituciones sociales, se vislumbraban algunos elementos poco favorables. Pudo constatarse cierto predominio de tendencias críticas y subvalorativas entre los adultos, en relación con las capacidades e intereses de los jóvenes. Estas daban lugar a posiciones sobreprotectoras que minimizaban las potencialidades del grupo juvenil para asumir determinados roles, y veían la socialización

como transmisión pasiva o actitudes desentendidas de sus responsabilidades en la formación de la nueva generación.

Los jóvenes, a su vez, mostraban insatisfacción con la ayuda que recibían de sus mayores e inconformidad con las posibilidades de participación con que contaban en diferentes esferas de la vida social, en particular en las referidas a la toma de decisiones. Reconocían la necesidad de prepararse mejor y poner más interés en sus actividades; pero insistían en sus demandas de mayor independencia en las tareas, sobre todo en el sector profesional, donde sentían cierto desaprovechamiento de sus potencialidades educativas y laborales y reclamaban el mismo espacio para la *imaginación* juvenil que para la *experiencia* de los adultos.<sup>14</sup>

En síntesis, los estudios realizados a finales de los 80 demostraron que, como resultado de esas dinámicas, las generaciones en la sociedad cubana eran grupos conformados y bien delimitados objetivamente, con algunos rasgos subjetivos propios, precisos en el interior de los componentes socioclasistas; pero menos a nivel de toda la población. Esta característica evidenciaba una mayor fuerza de su identidad y un sentido de pertenencia al grupo clasista (ocupacional, educacional) que al generacional, el que solo se expresaba como elemento subordinado al anterior. Es decir, no existía una autoconciencia generacional definida, aunque sí un sentido de pertenencia al grupo de los adultos o de los jóvenes, sin una clara percepción de los límites entre unos y otros, en dependencia del grupo de referencia de quien realizaba la evaluación.

## La generación de los 90

Las intensas transformaciones económicas y sociales vividas por la sociedad cubana en la última década del siglo —como resultado de los impactos del derrumbe del socialismo euroriental y el recrudecimiento del bloqueo de los Estados Unidos sobre una sociedad que había iniciado un proceso de rectificación de errores acumulados en su gestión económica por más de una década,<sup>15</sup>— han dejado, sin dudas, una huella sobre la joven generación que arriba al escenario social en tales circunstancias.

Aun cuando la crisis económica y el reajuste han impactado a la sociedad como un todo y a cada uno de los grupos que la componen, estos procesos son vividos por los jóvenes de manera más intensa que el resto de las generaciones por la etapa de la vida que atraviesan, en la que se define no solo su inserción actual, sino también su proyección de futuro.

El cuadro de los impactos que produjo la caída económica de inicios de la década y la implementación de una nueva política socioeconómica encaminada a superarla, contiene, a la vez, elementos favorecedores y obstáculos para la socialización e integración social de la generación de los 90.

En un plano más general, los obstáculos se ubican en la magnitud del descenso económico, con la consiguiente afectación de los niveles de vida de la población; en el «desenganche» de la economía cubana dentro de la economía internacional; en el golpe a los referentes políticos y organizativos más cercanos, y en la vulnerabilidad ante los efectos del incremento de las agresiones del gobierno estadounidense en medio de condiciones poco favorables.<sup>16</sup>

En este mismo plano, entre los principales elementos favorecedores se aprecia el aumento, aunque paulatino y aún discreto, de los niveles de descentralización, que propician mayor autonomía a las instituciones, organizaciones y territorios; un uso más racional de los recursos y las potencialidades propias; una mejor comprensión de la relación entre el proceso socialista y la independencia de Cuba como nación; una conciencia de la necesidad de reformular las metas sociales alcanzables desde estas propias circunstancias; una reanimación del pensamiento social y político que retoma las raíces nacionales y abre nuevas posibilidades al análisis y el debate de ideas, lo cual limita el formalismo y el dogmatismo. Todos estos elementos contribuyen a reforzar la cohesión nacional y son condición básica para una participación más efectiva.

A un nivel social más concreto, los principales obstáculos para los jóvenes se han situado en el plano de las oportunidades de inserción educativas y ocupacionales capaces de garantizar, de forma masiva, las altas aspiraciones del grupo en esas esferas, así como en la débil capacidad de la sociedad para una inserción formal que satisfaga las necesidades de consumo y las expectativas de nivel de vida que portan. Esto está dado por:

- La escasa disponibilidad de empleos, sobre todo para los que arriban a la vida laboral sin una calificación superior.
- La estratificación de los espacios laborales, desde los muy atractivos hasta los rechazados masivamente por concentrar condiciones desfavorables, lo que genera competencia por el acceso a unos y desinterés por otros.
- La debilidad de los mecanismos de recirculación de la fuerza de trabajo para abrir paso a jóvenes idóneos para puestos ya ocupados por otros trabajadores. Esto agudiza el de por sí complejo panorama del empleo juvenil.

**En el discurso de la actual generación joven emerge la preocupación por cuáles son las metas —individuales y sociales— a las que pueden aspirar con posibilidades reales de satisfacerlas y que permitan un ajuste entre sus expectativas de realización personal y las necesidades sociales, lo que a su vez pasa por una mayor clarificación de las vías para lograrlo.**

- La reducción de opciones de formación profesional de nivel superior para ajustarlas a las posibilidades ocupacionales.<sup>17</sup>
- La débil correspondencia entre esfuerzo laboral y posibilidades de satisfacción de aspiraciones individuales mediante el salario, lo que propicia la búsqueda de vías alternativas.
- La aún insuficiente capacidad de los mecanismos de control social para actuar sobre la utilización de aquellas vías alternativas que son violatorias de normas morales y jurídicas, muchas veces a partir de los propios recursos del Estado.
- El incremento de las desigualdades sociales entre grupos de la juventud, condicionado fundamentalmente por el acceso o no a la tenencia de dólares.

Pero en muchos casos estos procesos contienen, de forma contradictoria, elementos positivos, entre los que es posible mencionar:

- Importantes pasos hacia la reducción del igualitarismo social a través de nuevas formas de estimulación, en correspondencia con la cantidad, calidad y significado social del aporte laboral en algunos renglones decisivos para la economía del país; esto estimula la realización de un mayor esfuerzo y favorece la formación de grupos de referencia internos que no son ajenos al modelo socialista.
- La paulatina recuperación de la moneda nacional, que impulsa a los jóvenes a la búsqueda de empleos que garanticen un ingreso estable.
- La diversificación de los espacios de inserción laboral a partir de la ampliación de las formas de propiedad.<sup>18</sup>

Tanto los obstáculos como los elementos favorecedores se conjugan con las características propias de esta generación. Sus principales fortalezas son sus elevados niveles educativos y sus altas expectativas, que pueden actuar como factores dinamizadores hacia un mayor esfuerzo. De igual forma, sus principales debilidades son cierta

concentración de dichas expectativas hacia el área del consumo material, así como una relativa pasividad.

En términos generales, la generación de los 90 se caracteriza por una mayor heterogeneidad estructural, a partir de una incipiente recomposición de la estructura socioclasista de la sociedad y del fortalecimiento de algunas diferencias territoriales asociadas al ritmo de recuperación económica y la presencia del sector emergente.

De ello también se deriva el crecimiento de la heterogeneidad en el plano subjetivo, en particular en cuanto a expectativas, valores y cultura política, lo que se expresa en un amplio abanico de intereses y en una diversidad de posiciones ante la participación política, que van desde el compromiso activo hasta el desentendimiento social, pasando por la incorporación pasiva.

No es posible tampoco desconocer las influencias más universales de una época signada por el escepticismo juvenil, el distanciamiento hacia las instituciones y el predominio de la pasividad y la apatía políticas, en un contexto de creciente interacción tecnológica y directamente humana. Aun cuando en Cuba estas expresiones se manifiestan en baja escala en comparación con el entorno internacional, incluso el más cercano, debido a la naturaleza de las relaciones sociales que condiciona el sistema, siempre este entorno marca de alguna manera la fisonomía de la actual generación joven, con rasgos comunes más allá de fronteras nacionales. Estos procesos provocan efectos contrapuestos, pues tienden, simultáneamente, a acentuar la fragmentación y a potenciar la integración, lo que a su vez tiene impactos interesantes en la dinámica generacional.

Los rasgos comunes adquiridos durante su socialización, en un contexto social de naturaleza relativamente distinta en la etapa clave de su conformación como generación, así como los impactos aproximadamente similares que se han producido sobre ella, imponen su sello y marcan diferencias en relación con las precedentes. Esto favorece la aparición de una identidad juvenil fuertemente integrada y claramente diferenciada de las

generaciones anteriores, expresada con mayor intensidad que en las pasadas décadas.

Sin embargo, los efectos polarizadores de algunas de las medidas del reordenamiento económico, el incremento de la heterogeneidad de experiencias vitales acumuladas y la concentración de un segmento de la juventud en la búsqueda de salidas individuales, que lo aleja de la participación en soluciones colectivas, crean distancias dentro del grupo juvenil que limitan la conformación de una identidad generacional ampliamente compartida.

Estos procesos contradictorios se expresan, por ejemplo, en el contexto de la familia. De una parte, existe como tendencia una mayor diferencia de puntos de vista entre padres e hijos y un mayor debate de ideas sobre un conjunto de temas de naturaleza filosófica, política, económica, social y de perspectivas de futuro. En muchos casos, los hijos admiran a sus padres; pero no quisieran imitarlos, por considerar que los nuevos momentos exigen nuevas respuestas. Sin embargo, se ha fortalecido la cohesión familiar y la solidaridad entre sus miembros para enfrentar los múltiples problemas que la cotidianidad pone por delante, lo que ha fortalecido los lazos intergeneracionales.

En sentido general, es evidente el surgimiento de una nueva generación: la generación de los 90, protagonista de ciertas rupturas en relación con sus mayores, de alguna manera comparables con las que se produjeron a raíz del triunfo revolucionario en cuanto a búsquedas de referentes más ajustados a los momentos concretos que le toca vivir y con un mayor espacio para autodefiniciones por parte de los propios jóvenes. Esto no significa la renuncia a las metas de sus antecesores, sino redefiniciones que las atemperen a las nuevas condiciones nacionales e internacionales en que habrán de materializarse.

En el discurso de la actual generación joven emerge la preocupación por cuáles son las metas —individuales y sociales— a las que pueden aspirar con posibilidades reales de satisfacerlas y que permitan un ajuste entre sus expectativas de realización personal y las necesidades sociales, lo que a su vez pasa por una mayor clarificación de las vías para lograrlo.

El rasgo más significativo de este segmento juvenil es la adaptación a un escenario distinto, aun no completamente delineado y precisado, portador de tendencias contradictorias, para el cual las instituciones socializadoras tampoco tienen todas las respuestas. Esto, probablemente, lo convierte en un grupo generacional de transición, tal como en otro sentido lo fue la generación que se socializó a inicios de los años 60.

## Nuevos retos para la sociedad y la política

Cada nueva generación aspira a vivir en condiciones superiores a las que la precedieron. En términos generales, la sucesión generacional se ha comportado así a lo largo de la historia. Pero aquellas a las que les toca vivir en épocas de crisis, protagonizan procesos de ruptura mayores.

A la actual generación joven cubana le ha tocado ingresar a la vida social en un momento difícil, en el que se ha alterado el ritmo, más o menos estable, con que se movía la sociedad por casi tres décadas y en el que se han recortado posibilidades que estuvieron al alcance de las anteriores, como disponer de un lugar asegurado en una estructura socioclasista con alto grado de homogeneidad y un nivel de bienestar garantizado mediante esa inserción. Estas posibilidades no solo se refieren a la situación actual, sino a sus posiciones futuras.

Tales condiciones imponen a la sociedad un conjunto de retos para ampliar las opciones de inserción social de la juventud y propiciar una socialización que favorezca conseguir las metas colectivas del proyecto social de la Revolución, en estrecha correspondencia con la satisfacción de las expectativas individuales. Esos retos recorren dos direcciones principales.

La primera se produce en el marco del reordenamiento de las relaciones económicas, y se refiere a la necesidad de abrir espacios, con un contenido real, a los nuevos arribantes al mercado de trabajo; garantizar la calificación y preparación profesional que permita a esta generación disponer de perspectivas ocupacionales futuras —aun cuando no puedan ser satisfechas inmediatamente— y conserve una de las actuales fortalezas con que cuenta el país: la calificación de su fuerza de trabajo, y lograr el ajuste entre el aporte laboral y los resultados que de ello se derivan en términos de satisfacción de aspiraciones individuales y, especialmente, de mejoramiento de condiciones de vida.

Ello implica también la creación de grupos de referencia internos, con modelos de bienestar propios, atractivos, pero ajustados a las condiciones del país y basados en el trabajo y el esfuerzo personal y colectivo. Para eso se necesitan transformaciones en los mecanismos de distribución social, lo que, a su vez, requiere continuar fortaleciendo dos procesos: el de control, tanto de la cantidad y calidad del trabajo y la disciplina laboral, como de la disciplina social, con un fuerte peso del control popular; y el de evaluación a partir de los verdaderos resultados de la actividad de los individuos. Una aplicación consecuente de estos mecanismos, en el marco del actual proceso de redimensionamiento empresarial y de significativa presencia del trabajo por cuenta propia, debe generar una recirculación laboral en la que se potencien las

capacidades y actitudes positivas ante el trabajo y se abran mayores espacios a la juventud.

La segunda dirección es el reforzamiento de determinadas aristas del proceso socializador, en particular en el área de la formación de valores, para lo cual se hace necesario elevar los niveles de información y dinamizar los mecanismos de participación.

Para lograr estos objetivos se requiere continuar trabajando en otras direcciones. La primera es incrementar la articulación entre instituciones socializadoras, de manera que se apoyen y se complementen recíprocamente. Ello contribuiría al reforzamiento de solidaridades y de una identidad juvenil en torno a valores esenciales, sin que signifique una alternativa de oposición al mundo adulto; más bien, por el contrario, que genere unas relaciones intergeneracionales con un fuerte sentido de cooperación —y no de subordinación o de competencia—, que permita aprovechar todas sus potencialidades.

La segunda es aplicar enfoques socializadores diferenciados, que tomen en cuenta la heterogeneidad interna del grupo juvenil y las peculiaridades de cada uno de los segmentos que la componen.

Se requiere, sobre todo, trabajar en la dirección de concebir la socialización como el proceso mediante el cual se prepara a la nueva generación para intervenir en el cambio social, para participar desde las más tempranas etapas en la reformulación de las circunstancias sociales en las que desarrollará su vida.

Las generaciones mayores deben ser conscientes de que cada nueva época produce su propia generación y de que para enfrentar las situaciones que le plantea su época cada nueva generación tiene que crear nuevas soluciones: aunque, por supuesto, tome en cuenta la experiencia de sus mayores. De ahí que deben favorecer un clima de abierta participación y comprensión, sin barreras defensivas, y también sin sobreprotección ni paternalismos.

Cada generación debe intervenir en la conformación de una agenda generacional propia que defina qué puede y quiere aportar al proyecto colectivo y cómo ve su continuidad, para alcanzar un adecuado balance entre lo que aporta y lo que recibe. Es la garantía para lograr un proceso de sucesión-coexistencia, que imbrique las necesarias rupturas que implica el surgimiento de una nueva generación y garantice la continuidad de los valores básicos que rigen el proyecto social.

## Notas

1. Aunque se conocen referencias al concepto de generaciones desde la antigüedad, su análisis se inició con la Ilustración. Sin embargo, no es visto de forma sistemática y con una perspectiva integral hasta la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX. Véase María Isabel Domínguez, «Un recorrido histórico por las categorías generacionales,

juventud y socialización», *Las generaciones y la juventud: una reflexión sobre la sociedad cubana actual* [tesis doctoral], Fondos del CIPS, 1994 [inédito].

2. Esta concepción tuvo su punto de partida en las ideas de Augusto Comte, que concibió la sucesión generacional como el mecanismo que sostenía el equilibrio social. A partir de sus criterios, otros autores desarrollaron concepciones positivistas sobre las generaciones con carácter más concreto, como fueron los casos de Joachim Drommel (1862), Giuseppe Ferrari (1874) y François Mentré (1920), entre los más significativos.

3. Esta concepción fue desarrollada por Wilhelm Dilthey entre 1860 y 1874, quien completó y procesó la definición del concepto. Posteriormente, otros autores, como Wilhelm Pinder, ampliaron y aplicaron la definición de Dilthey al análisis concreto de la historia.

4. Esta visión tiene sus fundamentos en las reflexiones de Karl Marx en *La ideología alemana*.

5. A finales de los años 40 y durante la década del 50 se produjo un auge en los análisis generacionales, como resultado de los impactos que la Segunda Guerra Mundial y los cambios de posguerra habían tenido para los jóvenes. Luego decayeron para alcanzar un punto máximo a finales de los años 60, al tratar de interpretar las revueltas estudiantiles del 68 en Europa y los Estados Unidos. En menor proporción, a finales de los años 80 e inicios de los 90 se retomó el asunto como resultado de los fuertes impactos para los jóvenes de procesos tales como la globalización de la economía y de la información y el derrumbe del socialismo en Europa oriental, que se han expresado en crecimiento de la exclusión y la marginación de la juventud, desempleo, migraciones, violencia, prostitución y drogadicción, entre otros.

6. Véase José A. Portuondo, *La historia y las generaciones*, Manigua, Santiago de Cuba, 1958.

7. Discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba, publicado en la separata de la revista *Universidad de la Habana*, a. XIX, n. 112-4, enero-junio de 1954. Según explica Portuondo, debido al carácter de discurso académico de este trabajo, su autor no desarrolló su esquema generacional. Véase José A. Portuondo, «Esquema de las generaciones literarias cubanas», *La historia y las generaciones*, ob. cit., p. 106. En 1973 apareció la segunda edición, ya ampliada, en los cuadernos del Centro de Estudios Literarios, n. 5, UNAM, México, D. F. Sobre el tema generacional en la cultura han escrito, además, Antonio de Bustamante y Montoro («Las generaciones literarias», *Ironía y generación*, Ucar García, La Habana, 1937) y José Juan Arrom (*Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*, Instituto Caro y Cervo, Bogotá, 1963).

8. Véase Ricardo J. Machado, «Generaciones y Revolución», *El Caimán Barbudo*, La Habana, 1966.

9. A partir de ese momento se inició un proyecto de investigación sobre las generaciones que dio lugar a un conjunto de informes que se encuentran inéditos en los fondos del CIPS y el Instituto de Filosofía. María I. Domínguez, *Estructura generacional de la población cubana actual*, CIPS, La Habana 1989; María I. Domínguez, María E. Ferrer y María V. Valdés, *Diferencias y relaciones generacionales en la clase obrera y la intelectualidad*, CIPS, 1989; *Diferencias y relaciones generacionales en el campesinado*, CIPS, 1990; *Características y relaciones generacionales en los estudiantes y los desvinculados del estudio y el trabajo*, CIPS, 1990; *Interrelaciones clasistas y generacionales en la sociedad cubana de hoy*, CIPS, 1990; María I. Domínguez, *Un recorrido histórico por las categorías generacionales, juventud y socialización*, CIPS, 1993; *Las generaciones y la juventud: una reflexión sobre la sociedad cubana actual*

María Isabel Domínguez

[tesis doctoral], CIPS, 1994; Miguel Limia, *Valoración del estado actual de las relaciones generacionales en Cuba*, Instituto de Filosofía, La Habana, 1990.

10. Múltiples trabajos aparecidos en *La Gaceta de Cuba* en los primeros años de la década de los 90 toman en cuenta el criterio generacional al analizar la producción cultural de la anterior década. Por ejemplo, Nelson Herrera Ysla, «El ajaco cubano de los 80. Plástica cubana de los 80: ¿paisaje después de la batalla?», marzo-abril de 1992; Vivian Martínez Tabares, «¿Hacia dónde vamos?. Memorias para una valoración de la escena cubana de los 80», julio-agosto de 1992; Magda Resik, «Escribir es una suerte de naufragio. Habla Senel Paz del cine, de la crítica y de la literatura», septiembre-octubre de 1992; Rosa I. Boudet, «Apuntes para una relectura crítica de los 80», noviembre-diciembre de 1992; Víctor Rodríguez Núñez, «La poesía es un reino autónomo. Entrevista con Roberto Fernández Retama», marzo-abril de 1993; Salvador Redonet, «Mi cuento por una pregunta. Trazos para una poética de la más reciente promoción de jóvenes cuentistas cubanos», julio-agosto de 1993; Mario Vizcaíno Serrat, «Carlos Varela: el gnomo y el guerrero», n. 1, 1994.

11. Para nuestro enfoque de las generaciones en la sociedad cubana contemporánea, nos hemos adscrito a la tercera visión apuntada sobre su definición y el carácter de la sucesión. A partir de un conjunto de presupuestos conceptuales y del análisis de la evolución histórica del país desde la segunda década del siglo en adelante, marco temporal de existencia de las personas que aún constituían la mayor parte de la población, se evaluó el proceso de conformación de generaciones, que fue sometido luego a comprobación empírica con una muestra representativa de la población a nivel nacional. Los resultados obtenidos, una vez ajustados con la indagación empírica, permitieron identificar la estructura generacional de la población cubana, conformada por seis grupos claramente delineados:

1. Los nacidos entre 1922 y 1934
2. Los nacidos entre 1935 y 1943
3. Los nacidos entre 1944 y 1949
4. Los nacidos entre 1950 y 1961
5. Los nacidos entre 1962 y 1970
6. Los nacidos entre 1970 ...

En este ensayo obviaremos las precisiones de cada uno de los grupos y nos referiremos a las generaciones, según la década en que atravesaron su etapa juvenil. En ese caso, cuando caracterizamos a las generaciones del 50, 60, 70, 80 y 90, nos referimos a los grupos 2, 3, 4, 5 y 6, aproximadamente. Véase María I. Domínguez, *Estructura generacional...*, ob. cit.

12. Según las investigaciones antes citadas, el 22% de los obreros de esa generación eran hijos de campesinos y el 59% de los jóvenes que se formaron como profesionales eran hijos de obreros y campesinos. A su vez, el 34% tuvo una participación social elevada en las distintas esferas y otro segmento del grupo que representa casi la mitad del total alcanzó un nivel de participación calificado como medio.

13. Véase Juan L. Martín, «La juventud en la Revolución. Notas sobre el camino recorrido y sus perspectivas», *Cuadernos de Nuestra América*, n. 15, La Habana, 1990.

14. Véase María I. Domínguez *et al.*, *Diferencias y relaciones generacionales...*, ob. cit.

15. Se refiere al denominado proceso de rectificación de errores, iniciado a partir del Tercer Congreso del Partido Comunista de Cuba, en la segunda mitad de los 80, que inició la revisión de los métodos de gestión y planificación económicas empleados en los diez años anteriores, así como algunos de sus efectos para los servicios sociales y la participación.

16. La intensificación del bloqueo de los Estados Unidos limita las oportunidades del país no solo para negociar directamente con esa nación, sino para obtener inversiones de otros capitales, vender y comprar en diferentes mercados, obtener créditos financieros, elevar las tasas de interés, los costos de transportación y un sinnúmero de otros efectos económicos negativos.

17. En la política social cubana funciona el principio de garantizar un empleo a cada egresado de la educación superior, a la cual se accede por el mérito académico. Esta constituye una importante garantía para el individuo y busca eficiencia económica en la formación y aprovechamiento de los egresados universitarios; pero reduce las posibilidades de matrícula y deja insatisfechas las aspiraciones en un grupo significativo de jóvenes de acceder a las universidades .

18. La apertura al capital extranjero, la creación de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) y de otras formas de trabajo cooperativo, y el crecimiento del cuentapropismo, han diversificado considerablemente la estructura del empleo según formas de propiedad en comparación con las décadas anteriores.

© TEMAS, 1998.